



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 184E
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

SUMARIO

ANTONIO DE LEZAMA
Sección vermouth.

J. H. ROSNY
La última voluntad.

DAMIAN BUENDIA
Las hojas del calendario.

F. DE LA ESCALERA
La dignidad del abuelo.

J. PÉREZ RAMÍREZ
Rendez-vous.

ANGEL G. LUGEA
Brindis.

J. RICHE
En el amor y en la guerra.

LUIS GUILARTE
¡Soñando!

R. HOMEDES MUNDO
Flor de pecado.

TOVAR, PACO MATEOS
y TINO

Varios dibujos y retratos de
La Savonita y Cándido La-
rruga.

CARAS BONITAS



LA SAVONITA

¡Preciosa! —no rebajamos un ápice del calificativo—, preciosa bailarina que después de una brillante actuación en el Teatro Alvarez Quintero, de esta corte, ha debutado en La Buena Sombra, de Barcelona. Con razón dicen que no hay «sombra» sin «sol».

5 cénts.



La ciencia de Onofroff.

Quién había de decirle al grave y sesudo marqués de... ¡tente, lengual... que su esposa le iba á proporcionar el más espantoso de los ridículos?

Y todo por ser complaciente.

Mujer caprichosa, y perdone el lector la redundancia que ambas palabras encierran, la marquesa de... ¿vamos á bautizar el marquesado con el rimbombante nombre de Aguas Pardas?... la marquesa de Aguas Pardas se empeñó en ir al Circo de Parish para admirar á las gentiles *ecuyères*, los vigorosos atletas y los ágiles y graciosos *clowns* que tan sablamente diri-

ge el simpático *Monsieur Leonard*, ese inglés nacido en el distrito del Congreso, digno heredero del popular Parish, cuya chistera legendaria es una de las pocas que aún se ven por este pajolero Madrid.

Viejo, marqués, magistrado, académico de la de Ciencias Morales, maurista, senador vitalicio, congrio, en suma, el señor de Aguas Pardas se indignó al saber que su cónyuge sólo pensaba en deleitarse con unas despreciables piruetas, que se iba á embobar viendo las gansadas de cuatro *clowns*, y que se estremecía de placer á la sola idea de presenciar las proezas de un tío cuyo cuerpo era un muestrario de bultos, con unos brazos como maromas retorcidas, que se ganaba la vida levantando pesos increíbles.

Pero todo fué inútil; á la marquesa se le había metido aquello en la cabeza, y de sobra sabía que cuando algo se le metía á la buena señora —menos mal que era de higos á brevas—, no existía fuerza humana que consiguiera sacárselo.

Resignadamente, nuestro prócer se embutió en su *smocking*, y al filo de las diez, un Gobron 40 HP —la marquesa era partidaria acérrima de los Gobrones—, llevaba al Circo á los encopetados señores.

Apenas salía un Hércules, un saltador, un barrista ó un *jongleur*, la Aguas Pardas le asestaba los gemelos y no separaba de él la vista hasta que desaparecía por la puerta que lleva á las dependencias. Mientras, su viejo esposo se recreaba con la lectura de la prensa nea, y reflexionaba con fruición en las consecuencias de un combate, en las estribaciones de la cordillera Kameloff: á tres kilómetros de Petrogrado, donde los rusos perdieran 800.000 hombres, 1.000 cañones, 128 ametralladoras y una cafetera moscóvita. ¡Qué bien relataba la derrota *El Correo Hispano Berbere!* Lo intolerable para él, eran esos rumores de que los alemanes violaban mujeres, asesinaban niños y ancianos, y, procediendo á lo pirata, echaban á pique trasatlánticos indefensos. Preciamente le

DE LA ISIDRADA



—¿Qué, no, señora. Nosotros no nos «desapartamos». De «dir», tiene que ser juntos, para no perdernos.

constaba á él que desde el redondo ventano de un camarote del *Lusitania*, un infame chiquillo lanzaba proyectiles con una cerbatana.

Sólo Onofroff fué lo que interesó al marqués, por lo que en ello había de científico, y tanto le agradó el trabajo del famoso sugestionador, que, á partir de aquel momento, no hizo sino cavilar sobre los problemas de hipnotismo y transmisión del pensamiento.

Y desde aquella noche, el marqués de las Aguas Pardas se dedicó al estudio de tan interesantes problemas, y así llegó el viernes, día en que la marquesa recibía á sus amistades.

En los salones de la señorial mansión, se congregó lo mejorcito de Madrid, y el sexo fuerte, muy bien representado, se hacía lenguas ponderando la belleza y encantos de la señora de la casa, mujer hermosa si las hay, y hembra nada esquivá, según el decir de los bien enterados.

Cerca de la marquesa, y lanzándole cada mirada capaz de incendiar un hierro y de desnudar á una imagen de piedra, estaba el apuesto comandante de artillería, barón de Tres Bemoles, título que le asignamos porque no nos da la gana de tener cuestiones personales con el interesado.

A las ojeadas del artillero, correspondía la marquesa con guiños y gesticillos, que ponían en ignición las bombas que el comandante ostentaba en el cuello del uniforme.

Así se hubieran estado toda la noche, de no entablarse una discusión sobre el hipnotismo y transmisión del pensamiento. Todos, ó casi todos aseguraban que el trabajo de Onofroff era una pamema; pero el marqués afirmó rotundamente que él podía demostrar, con la práctica de unas cuantas experiencias, la verdad científica de los ejercicios del famoso hipnotizador.

Y dicho y hecho. El marqués durmió á varios de sus contentulios con idéntica facilidad que si les hubiese pronunciado un discurso, y acabó por comprometerse á buscar, con los ojos cerrados, un objeto escondido.

Debajo de un tapiz colocaron unos señores una hermosa pitillera de plata y aguararon en círculo á que el de Aguas Pardas, con los ojos vendados, como si fuese á jugar á la gallina ciega, descubriese el escondite.

Tropezando en todas partes y haciendo unos incivismientos con la cabeza, muy parcidos á cornadas, apareció el marqués



— Qué viciosa eres; siempre con el pitillo en los labios.

— ¿Qué quieres? No puedo vivir sin tener algo en la boca.

maurista en el salón, no dejando rincón por registrar ni persona que no levantase de su asiento. Como pájaro que va de flor en flor, llegó á donde, sonriente é irónico, presenciaba la escena el barón de Tres Bemoles.

Las sarmentosas manos del marqués despeinaron los planchados cabellos del artillero, recorrieron rápidas el cuerpo y brazos del militar y se introdujeron veloces en uno de los bolsillos de la guerrera, sacando un papel.

Sin dar tiempo á que el de las bombas pudiera impedirlo, el marqués se quitó la venda y entregó, triunfante, el papelito á una señora anciana, diciendo:

— ¡Ya está hecho el experimento! ¡Vea usted, señora, lo que dice ese papel!

La vieja dama lo desdobló y en alta voz leyó:

«Riquín, mañana por la noche, cuando el carcama de mi marido se vaya al Casino, te dirá con sus besos cuánto te quiere tu

Marquesita.»

¿Ustedes saben, lectores, lo que es una jira campestre? Pues la batalla del Marne fué una cosa parecida, al decir de un clásico, á lo que ocurrió después de tan edificante lectura.

ANTONIO DE LEZAMA

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

La última voluntad. —¡Mi situación es atroz! —exclamó amargamente Felipe Cayrolles—. Me muerdo de amor por Jacoba D.; esta encantadora muchacha me adora con toda su alma, y mi mujer no quiere oír hablar de divorcio.

—Es usted un monstruo, querido Felipe —le contesté—. Su mujer de usted es encantadora: le ha dado á usted un niño bello como el día... Cualquiera otro hombre estaría encantado de su suerte. Porque me figuro que su mujer de usted no tendrá una falta de esas...

—Tiene la falta de amarme, y aun ésta podría excusarse; pero, además, pretende ser mi esposa durante mucho tiempo, y esto traspasa los límites de la broma.

Y como le mirase, sorprendido é indignado, añadió: —Pero, claro está: usted viene del otro mundo y no sabe la historia de mi matrimonio. Escúchela usted y verá quién es el monstruo.

Hace diez y ocho meses que recibí un telegrama de mi amigo Louvenne; un telegrama trágico. Louvenne acababa de quemarse las piernas, magullarse el vientre y fracturarse el pecho en un accidente de automóvil. Le encontré casi agonizante, destrozado; sólo la cabeza la conservaba serena é intacta. Quiso hablarme sin testigos; la escena fué tan breve como dolorosa.

—Acabo de hacerte mi heredero universal —me dijo—. Poseerás libremente un tercio de mi fortuna; los otros dos tercios pertenecerán á la que debió ser mi mujer. Verás... Juana y yo, en la certidumbre de

una unión próxima, pecamos de imprudentes, y nuestra imprudencia no ha quedado impune. Juana es madre... ó lo será dentro de seis ó siete meses. Si hubiese dispuesto de tiempo, la habría hecho venir y nos habríamos casado *in extremis*; pero sólo me queda una hora de vida. Por consiguiente, no veo más que un medio de re-

parar la falta. De lo contrario, quedará la pobrecita deshonrada, y esta deshonra causará la muerte de su padre, que es el hombre más digno que conozco. Es preciso que te cases con ella. Eso sí, podrás divorciarte cuando nazca el niño. Te dejo el dinero suficiente para que ese divorcio pueda hacerse sin peligro para tu fortuna ni para la de quienes sean tus verdaderos hijos. Toma esta carta para Juana. Te obedecerá, si no por ella, al menos por su padre.

Hizo una gran aspiración de oxígeno del balón que tenía en la cabeza, y añadió:

—Te advierto que no me opongo á que continúéis unidos toda la vida. Los muertos no deben tiranizar á los vivos. ¿Aceptado?

—Aceptado —le contesté.

Después de todo, me era indiferente aquella boda. Así como así, no tenía en aquella época ningún amor.

El moribundo me dió las gracias con una sonrisa, y expiró.

Ejecuté puntualmente su voluntad. Al día siguiente llegué á Niza, y me presenté en casa de Mr. Dubrenil. Era un buen hombre, excesivamente cándido, y que á

LOS NUESTROS



Cándido Larruga.

El divino maestro del «couplet», á quien deben nuestras «estrellas» más preclaras la mayor parte de lo que son. Gracias á Larruga, logró Amalia Moína dar el «do» de pecho. Gracias á él, es Vicenta Vargas la reina del monólogo. Gracias, muchas gracias.

AL ALCANCE DE TODOS



El.—No hay nada como el cariño filial. ¡Si tú tuvieses un hijo!
Ella.—Pues, mire usted: en la mano lo tengo.

buen seguro no hubiera muerto de un exceso de gimnástica cerebral. Me costó muy poco trabajo hacerle comprender la necesidad de obedecer al difunto. En cambio con Juana, resultó la cosa algo más complicada. La pobre niña adoraba á Louvenne, y su dolor fué inmenso al saber lo ocurrido. Era preciso dejar para más tarde la explicación decisiva; no porque ella se resistiese á ello, sino porque le era imposible hablar. Cuando el dolor pasó, mostróse dócil, capaz de representar convenientemente su papel. Para abreviar, se ultimaron todos los preliminares, y el matrimonio pudo celebrarse con la suficiente rapidez para justificar luego la hipótesis de un parto prematuro.

Los primeros meses de nuestra unión, fueron apacibles y fraternales. A pesar de que Juana es, no solamente bonita, sino dotada de ese encanto especial superior á la belleza, yo no me tomé el trabajo de considerar nuestro himeneo como una cosa seria. Ignoraba los sentimientos que mi

mujer experimentaba hacia mí, y de lo único de que estoy seguro, es de que observa una conducta perfecta.

El gran suceso que esperábamos, se produjo, al fin, bajo la forma de un muchacho robusto, que fué muy pronto hermoso como el día, según dijo usted antes. Esto debió bastarle á la felicidad de Juana; pero no le bastó.

A medida que iba recobrando las fuerzas, se mostraba más tierna conmigo que con su propio hijo, mucho más tierna de lo que yo hubiera deseado. Insensiblemente empezó á acompañarme en mis paseos y á inventar todos los pretextos con que una mujer sabe disfrazar sus deseos. Yo me figuraba que guardaba religiosamente el recuerdo de Louvenne, y al acompañarla al teatro, al concierto, á las exposiciones, continuaba haciendo el papel de amigo, sin pensar en hacer otro papel.

Así estaban las cosas, cuando me enamoré de Jacobita D., y esta deliciosa cria-

tura se dignó corresponderme apenas supo que mi mujer y yo estábamos dispuestos á divorciarnos. Claro está que no le conté el verdadero secreto de nuestro matrimonio, lo que hubiera sido una traición. Me limité á confiarle la existencia de una incompatibilidad de caracteres. Y una vez seguro del consentimiento de la niña y del de su madre, creí que sería suficiente una palabra para deshacer lo que la voluntad de Louvenne había hecho.

Una noche, después de cenar, participé á Juana mis intenciones. Había dudado durante varios días sin otro motivo que el temor á herir el amor propio de mi mujer, y dudé todavía algunos minutos cuando llegó la hora señalada por mí. Al cabo, empecé con tono tranquilo:

—Querida amiga... Hoy hace catorce meses que estamos casados.

Se estremeció al oírme, y la taza de café que llevaba á la boca, estuvo á punto de romperse contra el suelo.

—¡Ya!

—¡Ya! —repetí jovialmente—. Y me encanta el ver que no te ha parecido largo ese tiempo... Pero no quiero seguir siendo un obstáculo á tu libertad, aunque esta libertad debe ser ideal... Creo, hija mía, que ha llegado la hora de nuestro divorcio.

Juana se puso atrozmente pálida, y su cuerpo fué victima de una gran sacudida dolorosa.

—¡Nuestro divorcio! —murmuró con voz ronca—. Por lo visto, estás cansado de mí.

CHIQUILLADAS



—Vamos, que aunque no eres muy mayorcita, tú no tienes nada de tonta, ¿verdad?

—No, señor; ni un pelo.

Conoció que las cosas no tomaban el camino que yo esperaba que tomaran, y contesté:

—¿Cansado? ¿Por qué he de estar cansado? Hemos vivido como buenos amigos, y nada nos impide continuar unidos por los lazos de una amistad sincera.

—Entonces —me interrumpió ella vivamente—, ¿qué hablar de divorcio?

—Ya lo he dicho: para devolverte tu felicidad... y para recordar la mía. Ahora no somos libres; y como, por otra parte, ningún lazo real nos une, esta esclavitud puede tener numerosos inconvenientes.

—Para mí, no —dijo ella con acento triste.

—Para ti, precisamente... Además, es preciso mirar al porvenir.

Juana volvió hacia mí su rostro patético.

—¿Tienes algún motivo para hablar del porvenir?

—Sí, tengo uno: que deseo casarme... casarme positivamente.

Juana se levantó y clavó en mí sus hermosos ojos llenos de fuego.

—¿No has conocido que te adoro?

En este momento aquella deliciosa criatura se arrojó sobre mí, me cogió entre sus brazos nerviosos y vehementes y me estrechó contra su pecho perfecto. Tuve un momento de debilidad, pero la imagen de Jacobita me ayudó á recobrarne á tiempo; y á fin de poner fin á una situación donde las medidas tibias no podían producir sino mayores males, dije á mi mujer en tono firme.

—Yo no puedo amar á la mujer que me confió un amigo moribundo... Amo á otra.

—¡Pues no te poseerá! —exclamó Juana con brío—. Preferiría morir.

—¿Y tu juramento? —pregunté indignado.

—Maldito lo que me importa el juramento. Eres mi marido; te adoro, y no te entregaré voluntariamente á ninguna otra mujer...

Esta es la situación, amigo mío. Todos los días tengo que representar con mi esposa legítima la historia de José y la mujer de Putifar. Y cuanto más me resisto, menos dispuesta se halla á ceder... ¡Qué caro cuesta el cumplir la última voluntad de un automovilista!

J. H. ROSNY

Las hojas del calendario.

Desparramadas sobre mi mesa tengo las hojas del calendario, y allí, revueltos días y días, están las fechas de todo el año.

Días pasados de mis amores, tiernos idilios, dulces halagos, días de lucha, días de celos y de ilusiones y desengaños.

Todo lo veo como en la vida, todo revuelto de un modo extraño: las alegrías, junto á las penas; los días negros, junto á los claros.

¡No quiero penas! Las lanzo al fuego...

¡Sed de las llamas voraces pasto!

¡Sean cenizas todas mis ansias!

¡Sean cenizas mis desencantos!...

Ya se consumen... Los días buenos de mi memoria ya se han borrado; ¡pero grabados tengo en el alma, como con hierro, los días malos!

DAMIÁN BUENDIA

La dignidad del abuelo.

Pero, hija mía, ¡por Dios! ¿Por qué lloras? ¿A qué vienen esas lagrimitas, vamos á ver? ¿No comprendes tú que las lágrimas son gotitas de vida que se pierden, y que no se debe llorar? Vamos á ver, ¿cuál es el motivo? Dime la verdad, en secreto; ya sabes que el abuelito te quiere á ti sobre todas las cosas.

—Pues mire usted: el motivo es...

—No te pares, tontina. ¿Por qué tienes esa vergüencilla conmigo?

—Es que...

—Vaya, yo te facilitaré la confesión; á que acierto: que has regañado con el novio. ¿Eh?

Y el viejecito, después de decir esto, rompió á reír maliciosamente, con una risita temblona... Luego, asiendo por la cintura á Gloria, su preciosa nieta, la hizo sentar sobre sus rodillas y dijo:

—Ea, vamos á ver, vamos á ver.

La suave media tinta de la caída de la

ANTES DEL PASEO



(Suponemos que no podremos dibujarle «después del paseo», porque... no volverá. Es un caso parecido al de Gaona, á quien la empresa de Madrid mandó también á «paseo»... para una «temporada».)

DEL FOOT-BALL



—¡Pues, señor, con el jueguecito este, á la hora y media no puede uno con las pelotas!

tarde envolvía en grata penumbra el gabinete, y sólo la blancura escandalosa de los dientes del piano abierto, rompía con una nota gaja de nieve la armonía de la luz.

—Pues sí, abuelito; es que Andrés...

—Andrés era el novio—, es que Andrés ha regañado conmigo y me ha llamado fea, mal formada.

—¡Cómo se entiende! ¿Habrás visto? ¡Fantoche, más que fantoche! ¿Fea tú? ¡Mal formada tú?...

—Sí, sí, abuelito; y luego se ha marchado sin despedirse siquiera.

—¡Vaya, pues esto no puede quedar así! ¡No puede quedar así, ea!

Luego, el viejecito, con un arranque brioso y como quien tira de una carreta, logró ponerse de pie y empezó á dar paseos por la habitación, aunque torpemente, y como si se le enganchasen los pies entre la alfombra, mientras Gloria, sentada junto al piano, seguía llorando.

—¡Trasto! ¡Trasto! ¡Más que trastol—iba diciendo el abuelo al andar.

Luego, deteniéndose ante la nieta y poniéndose en jarras con un ademán de indignación y bizarria, añadió:

—¿Y qué más te ha dicho? ¿qué más te ha dicho?

—Pues me ha dicho que tengo joroba, y que una de mis piernas es más delgada que la otra, cosa que, según él, hasta se me conoce al andar.

—¡Jesús, María, qué deslenguado! ¿Joroba tú? ¡No, no; esto no puede quedar así; de ninguna manera!

—¡Ay, abuelito! ¿Será verdad que tengo todo eso?

—¡Qué disparate! ¿Qué has de tener tú, hija de mi alma? ¡Si eres un ángel, un verdadero ángel! Ya ves: y no se ha dado el caso todavía de que haya ningún ángel jorobado.

Y el abuelo la acariciaba nuevamente, convulso de indignación, besuqueándola.

—¡Pero descuida! ¡Eso necesita una reparación, y la tendrá; yo no tolero que esa impostura quede en pie!

Esto lo dijo el viejo con arrogante decisión, poniéndose de pie nuevamente.

—¿Qué va usted á hacer, abuelito?

—¿Qué voy á hacer? Ahora vas á verlo. Coge una pluma y un papel, y escribe: yo te dictaré.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

La niña obedeció. Se acercó á la mesa, sacó de un estuche un pliego de papel de cartas, y dijo:

—Cuando usted quiera.

El viejo, enfáticamente, con mucha dignidad en el decir, dictó como sigue:

«Sr. D Andrés Bustamente.

»Muy señor mío: Escribo á usted, aunque contra mi voluntad, para rogarle á usted, en nombre de mi señor abuelito, que venga usted mañana, á las tres de la tarde, á casa, pues le tiene que hablar.

»Gloria.»

—¡Ay! ¿Qué vas á hacer, qué vas á hacer, abuelito?

—¡Mañana lo verás!

II

A la hora convenida, acudió al día siguiente Andrés á casa de Gloria y fué recibido en el mismo gabinete por el anciano, á cuyo lado estaba la niña sentada en el sofá.

—Caballero...

—Pase usted, pase usted, y tenga la bondad de cerrar la puerta.

El joven obedeció.

Luego, á rajatabla, airado, el anciano le dijo:

—He sabido, señor mío, que ha dicho usted á mi hija que es jorobada y que tiene una pierna torcida. Y he de decirle á usted...

—Caballero, yo...

—¡Basta! ¡Estoy hablando yo, y no estoy acostumbrado á que se me interrumpa!

Luego, el anciano ochentón, que tenía toda la cabecita blanca y que temblaba de ira, dijo á su nieta con tono autoritario:

—¡Desnúdate!

—¡¡Abuelito!! —exclamó la niña, que todo se lo podía esperar menos eso.

—¡Nada, nada: desnúdate! ¡Es preciso probar á ese caballero impostor, que todo eso que ha dicho es pura calumnia!

—¡Pero, por Dios!

—Caballero, no hay necesidad —dijo el joven—; me basta su honrada palabra. Dispense...

—¡Qué dispense, ni qué ocho cuartos! ¡Desnúdate!

No sirvió contradecirle. El viejo cogió á la niña entre sus brazos, la desabrochó el cuerpo del vestido, rasgó la camisa bordada de la joven, que lloraba y gritaba toda

DESDE LA INFANCIA



—¡Qué tontita eres! Te meto el dedo en la boca, y no muerdes...

—Ni el dedo, ni nada. Desde pequeñita me quitó esa costumbre el ama de cría...

llena de rubor, y luego, dirigiéndose al novio, dijo el anciano:

—¿Ve usted, caballero trasto, como eso de la joroba es pura mentira? Mire usted qué espalda: ¡lisa, y muy lisa!

Después le levantó la falda del vestido:

—Mire usted qué piernas: ¡perfectas, y bien perfectas! ¿Está usted convencido ya?

—¡Sí, por Dios! —contestó el joven, lleno de estupor.

—Pues ahora, largo. No vuelva usted á acordarse ni del santo de nuestro nombre.

—Perdóneme...

—¡Largo! —gritó airado, como loco, el viejo.

El joven, prudentemente, obedeció:

—Servidor de usted —. Y salió.

Al levantar el joven la colgadura de la puerta para marcharse y volver la espalda, ¡pum! sonó un golpe.

Era que el viejecito, al salir, ¡le tiró un zapato!

FRANCISCO DE LA ESCALERA

COQUETERIAS



—Pero si ahora no viene nadie.

—No... no quiero. Yo sólo beso á los hijos de los conocidos; por ejemplo, al de don Cándido, que me lo como á besos.

—¿Y cuántos años tiene?

—Diez y nueve...

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Calle de Santa Isabel, 45.

Rendez-vous.

La casa arde en fiestas. Suena ahora una virginia bonita y alegre en el salón, y las notas cautelosamente invaden los jardines, que duermen á medio sueño.

Esta mansa noche vernal muestra una

ro de la florida fronda, un misterioso amor siempre escondido...

Noche de citas. Frota un grillo sus héli-tros musicales, citando tenazmente á la hembra; un ruiseñor, entre las altas ramas, pia en celo, con amoroso reclamo, y Diana, trasnochadora, parece apresurarse en su tránsito, para acudir puntualmente á la cita con el feliz Endymión...

ITALIA, NEUTRAL



- A mí los que menos me gustan son los italianos.
—¿Y por qué?
—Chico, ya lo ves: porque «no se mueven».

paz oportuna, propicia, cómplice. Tienen esencias nuevas las rosas, los jazmines y los aromos, y en el agua de los estanques la brisa mueve los puntitos de luz que la bicorne luna rocía sobre la superficie. Sosiego amable de Junio...

En ese fondo violeta de las acacias y de los abedules, ¿no percibís un rumor?...

Dos sombras enlazadas avanzan con pasos de lenta huida; dos sombras que se han citado, acaso, al pie de la blanca escalinata, y van ahora á esconder, al ampa-

Una negra silueta, que se une luego á otra silueta blanca junto al marmóreo grifo del regadío: el caballero Angel y la marquesa Clorinda, cuyas miradas secretas sorprende todo el mundo; todo el mundo, menos el marido marqués, sin duda porque éste sea el menos interesado.

Va la pareja un poco distanciada. Ella acciona con cierta viveza, como con enojo; él gruñe alguna vez, pareciendo una escena de celos. ¿Ellos, tan correctos y amables en el salón, van ahora de ese talante, como si fuesen matrimonio? Pero nadie pudiera decir que fuesen matrimonio, porque van á ocultarse tras aquellos mactzos...

Y Solita y Germán, esos novios tan empalagosos, ¿qué harán allí coronados de azahar, bajo los enanos naranjos?...

El diplomático flamante, baroncito de Bragas imperiales, ensaya su inédita diplomacia con Leopoldina, la Ofelia oxigenada, y ha conseguido de ella, por lo que se ve, la primera entrevista para un *ultimatum* con todas las de la ley...

Frente á la coja estatua de Neptuno, que empuña su tenedor; al pie de los abedules, la de Lugo discurre sigilosa, esperando á alguieu con tales muestras de impaciencia, que pudieran comprometer su sigilo.

Y es que el pícaro húsar no acude, á pesar del segundo recado.

El fámulo Juan, hermoso ejemplar rubio, con su admirable fidelidad canina para el amoroso secreto, vuelve del salón nuevamente; pero el húsar no llega, no quiere llegar, por las señas, y la impaciente hace crujir la arena con una patadita de rabia.

Sofocadísima, déjase abanicar por el criado, y éste no tornará al salón para el tercer aviso. El fámulo Juan se queda allí, junto á la señora, y... que no acuda ya el húsar á los jardines, frente á la estatua coja de Neptuno...

Pero ésta sí que es una cita original, extraña, estupenda.

El duque del Lavabo Real ha citado, en la Alameda de las Palmas, con una cautela verdaderamente paradójica, á su propia mujer... ¡Proyecto atrevido y encantador! Sí, esta noche, durante las intermitencias de unos rigodones, y después, junto á las bandejas del refectorio, el duque y su predilecta amiga Mercedes, han tenido un rozamiento desagradable; y él, que pensaba esperar á la amiga en los jardines, como otras veces, ha emplazado en cambio á su señora legítima, para dejar á Mercedes aburrída, despechada, celosa.

La duquesa, por su parte, ve en la combinación una novedad que no se repite todos los días, y con sumo placer se presta á la combinación indicada, y, con femenina habilidad, se deslinda al punto de su asiduo Rogelio, para atender cumplidamente al marido. Curioso y divertido *vau-deville* que se comentará bien cuando se sepa, que se sabrá, desde luego, á la mayor brevedad.

Entonces —y esto va ya picando en historia— Rogelio tiene una idea, vengativa por de contado, una feroz idea del auténtico Satanás, la cual pone en práctica con astucia serena y sin pérdida de tiempo.

Brava y feliz idea. El éxito más envidiable corona sus audacias.

Si el duque, en suma, y su complaciente mujer se huelgan esta noche, poniendo un paréntesis amable y excepcional en sus costumbres, aproximando las paralelas de sus vidas, siempre paralelas, al mismo tiempo Rogelio y Mercedes, los despechados, invertidos amantes, no serán menos en perderse, del brazo, con la ilusión de una primera vez, quién sabe si de una

última vez, por la celestinesca espesura de los jardines...

¡Magnífica noche de citas!

—¡Ah! ¿No lo sabía usted? Pues sí, capitán: el duque y Rogelio se han batido á espada esta mañana en la hacienda del *Galápago*.

—¿Y en qué ha parado el asunto?

—Un rasguño en el antebrazo de Rogelio, ha dado sangre suficiente para lavarlo todo.

—¡Ya era tiempo!

—¿Cómo? Pero usted está en un error, capitán. ¡Si no ha sido por la mujer!

—¿...?

—Ha sido por Mercedes... y doy toda la razón al duque: porque bien estaba que su mujer... ¿Pero también Mercedes? ¡Sería ya demasíado!...

J. PÉREZ RAMÍREZ

DEL AMOR MERCENARIO



—¿Verdad, Bastián, que no me dejarás?

—No; ni un céntimo.

EL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN



—Pero, bueno, ¡levántate!
—¿Ves como siempre me llevas la contraría?

BRINDIS

No sé como amarte; eres tan hermosa, que he de hacer pedazos de mi corazón; lo pondré á tus plantas, como abierta rosa, para que lo veas palpitár mejor.

He de ser esclavo de tu gentileza, de tu galanura regia y juvenil; sabrás de mis locas ansias de grandeza, de mi vida —eterna mañana de Abril—...

En las áureas noches de melancolía, todos mis ensueños te daré á beber, y entre los perfumes de mi letanía, besos de tragedia te regalaré.

¡Alma de mi alma! ¡Rayo sacrosanto de un edén sublime de felicidad!... Yo seré el vampiro que beba tu llanto; llora, si es que tienes ganas de llorar.

Pon entre mis manos frías y galantes, una de tus manos, para que al tener contacto la carne, juremos amantes soldar nuestras almas de hombre y de mu-
[jer.

Quiero ver tus dientes de ámbar hechi-
[cero, quiero ver la llama de tu lengua; en fin,

quiero que me quieras como yo te quiero, quiero que en mis brazos rompas á reír.

Bajo los añosos robles evangélicos de una selva virgen, oiremos auallar la jauría ignota de lobos famélicos, nuestro el Paraiso: tú, Eva; yo, Adán...

Para mí eres todo: la novia, la esposa, la paz, el arrullo, la gloria, el amor... No sé cómo amarte; eres tan hermosa, que he de hacer pedazos de mi corazón.

ANGEL G. LUGEA

En el amor y en la guerra...

Buenos Aires. ¡En casa de Judith Manchaballe, celebrada actriz. La madre, borda.

LA DONCELLA. — Señora, un caballero pregunta por la señorita. Me ha dado esta tarjeta.

LA SEÑORA MANCHABALLE (*leyendo*). — «Mr. William Witte, Secretario de Embajada.» Hazle pasar.

WILLIAM WITTE. (*Es alto, delgado, des-
envuelto, rubio, usa bigote muy rojo y viste correctamente. Con gran cortesía.*) Per-
dón; es á la señorita Judith Manchaballe á quien deseo hablar.

LA SEÑORA. — Está en el ensayo.

EL INGLÉS. — ¡Lo siento mucho! Deseaba que la señorita Judith cantase en una fiesta que daré en mi casa la semana próxima.

LA SEÑORA. — Precisamente las fiestas particulares no han empezado todavía, y á la salida del teatro mi hija está completamente libre todas las noches.

EL INGLÉS. — ¡Ah, es usted su madre!

LA SEÑORA (*con afectación*). — Para servirle, caballero.

EL INGLÉS. — ¿Cree usted que la conven-
drá?

LA SEÑORA. — Es mejor que se entienda usted con ella. Vaya usted esta noche al teatro y entre en el cuarto de Judith. Tienen orden de no dejar pasar á nadie; pero las personas tan respetables como usted... Además, diga que *es para un negocio*.

EL INGLÉS. — Sí, sí; no lo olvidaré: «para un negocio».

(En el cuarto de Judith. La camarera anuncia al inglés.)

JUDITH. — ¡Ah, sí; ya sé quién es! Hazle entrar. (*Entra el inglés*) — Tome usted asiento, caballero. Mi madre me ha anun-

ciado su visita. Usted quiere saber las condiciones en que yo tomo parte en las fiestas de sociedad. ¿Quiere contratarme sola, ó á las tres?

EL INGLÉS.—¡A las tres! ¿Para qué?...

JUDITH.—Porque entre tres, el repertorio, y, por tanto, el espectáculo es más variado. ¿Comprende usted? Yo sola, las variaciones serán muy limitadas.

EL INGLÉS.—Esté usted segura de que lo que usted haga, me satisfará por completo.

JUDITH.—Si voy sola, el precio es quinientas pesetas; si van mis compañeras conmigo, mil.

EL INGLÉS.—Nosotros los extranjeros no tenemos necesidad de esos refinamientos franceses... Desearía más que no llevase usted á sus amigas... Daré á usted las mil pesetas y va usted sola.

JUDITH.—Entonces será conveniente que vaya yo á su casa de usted antes, para ver si el local es adecuado para mis bailes.

EL INGLÉS (riendo).—¡Oh, el local! Usted podrá mover sus piernas muy á gusto.

JUDITH.—¿Y habrá mucha gente?

EL INGLÉS.—¡Je, je!... No habrá nadie.

JUDITH (levantándose).—¡Cómo nadie! ¿No me ha hablado usted de una fiesta?

EL INGLÉS.—La fiesta la daremos otra noche...

JUDITH.—¿Cómo, pues, se ha atrevido usted á proponer... á una ballarina de la Opera Nacional?... ¡Pero no, no es posible! Sin duda, se ha explicado usted mal, ó yo no lo he entendido. Usted ha venido á contratarme para que baile en una reunión que dará en su casa á los amigos.

EL INGLÉS (turbado).—Seguramente.

JUDITH.—Enhorabuena. De parte de un caballero tan correcto como usted, hubiera sido imperdonable un insulto... de esa especie...

EL INGLÉS.—¡Oh, perdón, señorita! ¿Cuento, pues, con usted el lunes á media noche?

JUDITH.—No faltaré.

(Calle Victoria. Larga fila de coches espera ante la puerta de la casa del inglés.

DE LA EXPOSICION



Eua.—¡Me estoy congelando! Resulta que aquí, la principal exposición, es la de la modelo: la «exposición» á una pulmonía.

El portal, magnífico, está espléndidamente iluminado. A cada lado de la puerta hay un vigilante á caballo y varios á pie.)

JUDITH.—¡Es una fiesta magnífica!

EL INGLÉS (adelantándose á abrir la portezuela).—¡Qué amable!... Estoy aquí esperándola para verla dos minutos antes...

ISIDRADAS



—Bueno, señorica, «usted» nos dirá en dónde podemos comprar un pitico «pa» el muchacho.

—¿Un pito? ¡Para mí lo quisiera!...

JUDITH (sonriendo).—Es usted muy galante (La actriz desciende del coche y acepta el brazo que el inglés le ofrece. Suben lentamente la escalera, espléndidamente adornada con plantas y flores naturales. La orquesta toca la marcha húngara.) ¡Si supiera cómo me late el corazón! La sala del teatro me asusta menos que cincuenta mujeres en un salón.

EL INGLÉS.—No tenga usted cuidado, señorita.

JUDITH.—¿Dónde están sus invitados?

EL INGLÉS.—Pase, pase usted. (La entra en un gabinete y cierra la puerta.) Siéntese usted.

JUDITH (severamente).—Veamos: ¿cuál

es el objeto de esta broma? ¿Dónde está el público?

EL INGLÉS.—Señorita, usted me ha dicho que el público la asusta; y yo, que en todo sólo deseo complacerla... lo he suprimido.

JUDITH.—Pero, ¿y los coches, y la policía, y los vigilantes?... Las luces, las flores, la orquesta, ¿para qué son?...

EL INGLÉS.—Para usted, para usted sola. ¿No era preciso para que usted viniese á mi casa, simular una verdadera fiesta? Sin todo esto, usted no hubiera aceptado mis proposiciones.

JUDITH.—Yo me voy.

EL INGLÉS.—Suplico á usted que no se vaya. Sea usted buena... Además, no la dejaré salir.

JUDITH.—¿No me dejará usted salir?

EL INGLÉS.—Señorita, es usted muy bella y yo la adoro demasiado para que usted quiera dejarme...

(La actriz mira al inglés, que está arrodillado delante de ella. La música preludia un vals. Judith duda un momento, y después... se deja abrazar de Mr. William. Luego le dice al oído:)

JUDITH.—Cuando menos, ¡mande usted retirar á la policía!...

J. RICHE

RIMA

¡SOÑANDO!

Ven, dueño mío; siéntate á mi lado.
La dicha celestial mi pecho embarga,
cuando tú me revelas cariñosa
de tu querer las ansias.

Ven, por favor, y sobre el pecho mío
reclina tu cabeza idolatrada.
¡Qué dulce bienestar! ¡Con verte sólo,
se sonríe mi alma!

Dame un beso, por Dios; ¡te quiero
[tanto!

¿Por qué un instante mi placer retardas?
Mis labios entreabiertos ya lo buscan...
el corazón lo aguarda.

Sentí el contacto de su cuerpo frío,
rumor lejano de invisibles alas;
desperté de aquel sueño, y en mis ojos
¡apareció una lágrima!

¡Ay! ¡Cuántos besos como el sol ardiendo
[tes

dimos en sueños á la prenda amada!
¡Y cuántos otros, al nacer, se ahogaron
en el llanto del alma!

Luis GUILARTE

FLOR DE PECADO

Sobre el mullido lecho,
tranquila duerme la cortesana:
agitase su pecho...
y en su rostro, de diosa pagana,
la sonrisa florece.
¿Qué es lo que sueña? Quizá en su mente
grata ilusión se mece,
ó bien es que presente
del hombre que le adora
los eróticos besos,
acicate de excesos
de hembra triunfadora.
Mas no sueña en amor, ni su memoria
remora aquellos días
de placeres y orgías
la accidentada historia.
Recuerda los albores
de la infancia dichosa,
cuando aún era pura, sin ser diosa
antes de ser iniciada en los amores
de Venus-Afrodita;
por eso la sonrisa
por su rostro desliza,
y su ebúrneo pecho ansioso agita.

La crisálida se ha trocado en mariposa,
en el jardín de amores:
volando va de rosa en rosa,
ahuyentando dolores.
La ilusión, que forjara
brutal realidad, la desvaneece;
hondo abismo á sus pies ella repara;
su desventura, crece.
Se ve reina y señora,
por todos deseada:
mas con tristeza añora
su juventud pasada.
Y joyas y preseas, ricas galas,
gustosa las daría
y alegre volaría;
mas tiene la infeliz rotas las alas.
¡Desgraciada mujer! Angel caído,
en el cieno tirado;
en vano llora el delicioso nido
un tiempo despreciado.

Y al recuerdo de días venturosos,

EN EL SKATING



—Rosita: mucho ojo con dar un tropezón.

¡Bah! Ya estoy acostumbrada. Del último tropezón que di, me he estado acordando nueve meses, y ya ves, como si tal cosa...

de sus córneas, las lágrimas saltando,
su seno van bañando...

Rayos de sol naciente, el rostro besa
de la hermosa afligida,
nimbando su cabeza...
Despierta. Rie. Canta. El sueño olvida.
Y saltando del lecho de pecado,
ante una cornucopia veneciana,
contempla su belleza soberana,
su cuerpo grácil, para el placer formado.

R. HOMEDES MUNDO

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA.

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

IMPRENTA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Crtopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal * *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á *Antonio Ros, Libro-ro, Jacometrezo, 80, 4.ª acerecha, Madita* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y corresponsales de España y América.